

Bolívar vive en México

Por ERNESTO MONTENEGRO

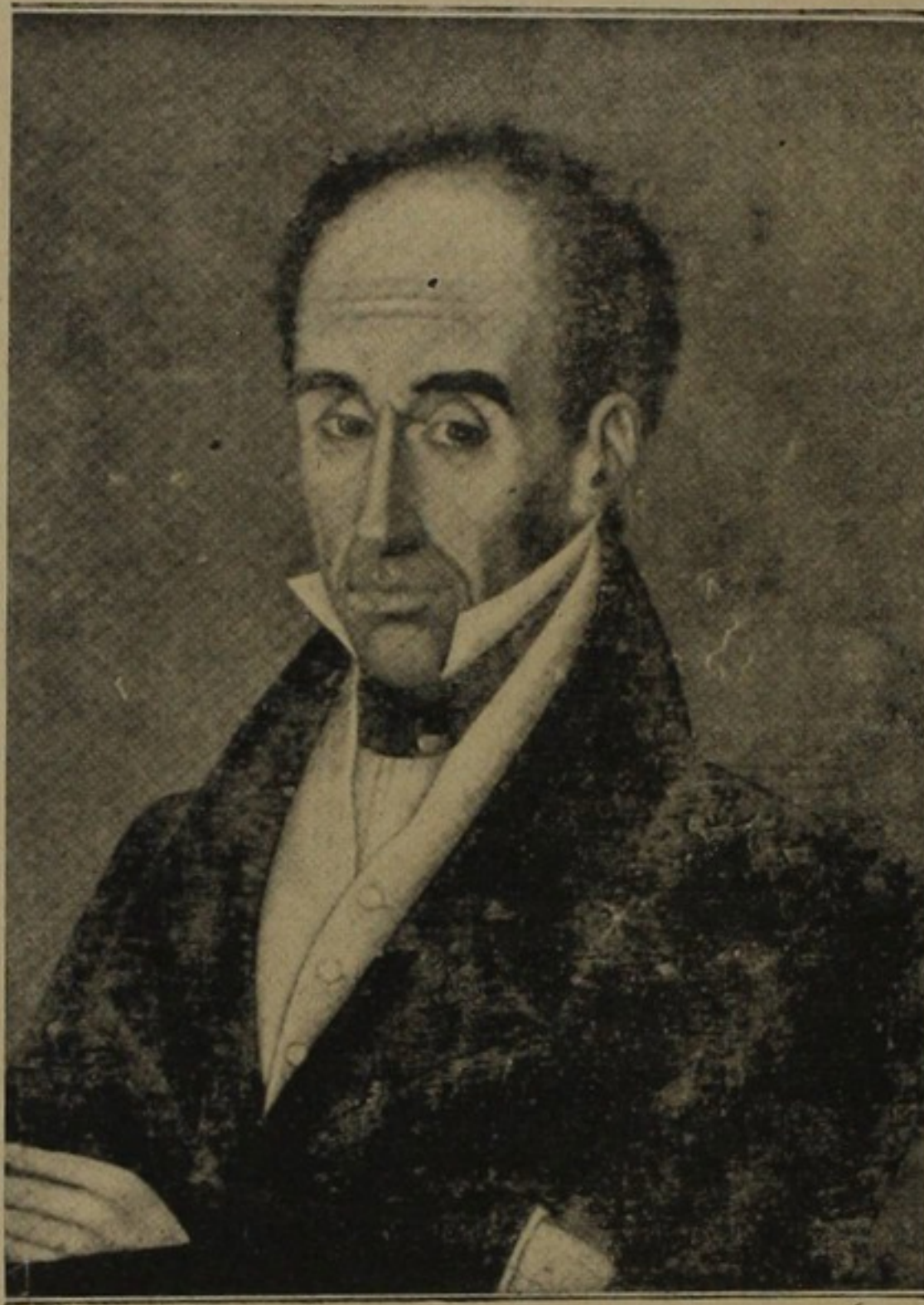
= De la revista *Sech.* Santiago de Chile, junio de 1937 =

América entera se apasiona por la causa de España republicana; pero sólo uno de estos pueblos manda en la voluntad de su gobierno con imperio suficiente para ofrecer su apoyo moral y su ayuda efectiva a la República española—el de México. Ya había dado México muchos otros altos ejemplos de su conciencia nacional, de su fraternidad republicana y de su sentido social. Los movimientos reformistas y revolucionarios de todo el mundo contaron en los últimos veinticinco años con la simpatía del pueblo mexicano, y sus sucesivos gobiernos no anduvieron mirando la cara del Tío Sam o de John Bull para reconocer nuevos estados o nuevas formas de constitución: el caso de Rusia y luego el de España misma. Y esto resalta más todavía cuando se considera que México, en su sangrienta conquista de la independencia económica no contó jamás con la ayuda de nadie—sino al contrario. Las agresiones extranjeras tampoco levantaron a ningún país en su defensa, salvo la platónica mediación del difunto ABC en Niagara Falls.

Pero es tan vigoroso el sentimiento de integridad nacional en ese pueblo, tan activo su sentido de la justicia, que ha corrido en socorro de la España invadida sin atender a la presión de las potencias que van descubriendo una neutralidad amparadora de negociados de armamentos y aliada directa del capitalismo extranjero que explora las riquezas naturales de España. Y como a un espíritu nacional entero debe corresponder una diplomacia de igual entereza, la cancillería mexicana denuncia francamente las concomitancias de esa neutralidad y continúa su ayuda a la República asaltada por aventureros y mercenarios.

(En un sentido diferente, pero siempre dentro de la línea de su tradición nacional, el gobierno de México ha vuelto a hacer excepción en el mundo mezquino de la política internacional, ofreciendo asilo a León Trotsky, en circunstancias que países "democráticos" como Noruega y Francia cedían a la presión de Moscú y renegaban de su prerrogativa a ejercer ese derecho de asilo para los perseguidos políticos).

Acaso no sea ocioso recordar que México fue acusado en los comienzos de su propia revolución de animosidad particular contra España, o por lo menos contra la colonia española residente. ¿Y quién pretendería desconocer que los "gachupines" fueron odiados por la masa del pueblo mexicano? Se trataba en realidad



Bolívar en 1830

(Atribuido a Antonio Meucci)

de aquella porción de los residentes españoles, frailes, terratenientes y prestamistas, que se habían aliado con los explotadores nativos y conseguido hacer odioso el nombre de español para el pueblo mexicano. Contra ellos y no ciertamente contra España iba ese justificado rencor de los mexicanos. Colonias de frailes obscurantistas que llegaban con lo encapillado y resultaban a poco dueños de haciendas, fábricas, acciones bancarias e industriales, barrios de residencia y demás formas de la riqueza especulativa; comerciantes inescrupulosos que se ensoberbecían con los dineros malhabidos, y que al igual que en los demás países de América habían de renegar más tarde de sus humildes orígenes populares, para aliarse con los privilegiados de adentro y con las fuerzas de reacción de su patria de origen. Contra esta laya de españoles y no contra el pueblo peninsular, iba el sentimiento intuitivo de la democracia mexicana.

Así, pues, apenas la República revivió en España, la opinión de México se alistó la primera en su

favor y mandó en su gobierno para que exteriorizara ese sentimiento en actos y declaraciones terminantes. Por esto sólo ya puede decirse que el espíritu de Bolívar vive hoy en México más que en parte alguna. Otros pueblos de América podrán estar más orgulloso de la tradición bolivariana, y cultivarán asiduamente su memoria, exprimiendo sin cesar una caudalosa producción de literatura más o menos felizmente inspirada en el héroe. Pero donde el alma de Bolívar está por hoy más presente en irradiación espontánea, es a pesar de todo eso en el alma mexicana. No será acaso tanto porque la letra mata al espíritu, sino porque el pueblo mexicano mantiene en su primitivo vigor ese celo de la independencia y ese instinto de la fraternidad de los pueblos que inspiraron al Libertador hace un siglo.

El hombre del sentir anfitrónico de la política americana, el que soñó en una Liga semejante a la de las repúblicas griegas para las nacientes naciones de América, Bolívar, acariciaba allá en el fondo de su mente profunda y

audaz, la idea de continuar la lucha por la independencia más allá de Centro América, y tras enviar su ayuda para la expulsión de los realistas de la remota isla de Chiloé, pensaba que Cuba y Puerto Rico debían alcanzar la libertad con la ayuda de las nuevas repúblicas; más aún, que una expedición militar debía atravesar el Pacífico y llevar la independencia a las Filipinas, y por último seguir a España y librar a la Madre Patria de sus tiranos!

Justamente un siglo más tarde España necesita con más urgencia que nunca que materialice la concepción generosa e integral de Bolívar de una solidaridad en la democracia y en el sentir republicano. A fuer de gran político, Bolívar concilia la línea austera de los principios con la línea profunda de los intereses nacionales, pues la muerte de una república no puede serle indiferente a otros pueblos que se rigen por el mismo sistema, ni habrá seguridad en la independencia nacional mientras queden hermanos esclavizados o se permita que cualquiera de ellos sea invadido y subyugado.

México no ha necesitado cultivar una legión de comentaristas bolivarianos para penetrarse del espíritu del Libertador, y comprendiendo primero que nadie que con la prueba a que se tiene sometida a la República española están a prueba todas las repúblicas y democracias del mundo, alarga su mano a España como a un aliado futuro en las crisis por venir a las naciones de América. Los liberales de toda América miramos pues alternativamente hacia México y hacia España, como a las encarnaciones vivientes de ese drama de la independencia que venimos viviendo desde hace siglos, y que Bolívar y San Martín condujeron bravamente en sus primeros actos. Pero la independencia nacional como la libertad individual no son frutos que se den sin cultivo y sin lucha para toda la vida. La tragedia bolivariana es la de haber muerto Bolívar no solamente sin dejar herederos espirituales inmediatos, sino también la de no haber alcanzado a consolidar la democracia en América como en España. En el surco profundo que él labró, no alcanzaron a caer las semillas de la democracia, y por eso cundió en seguida la maleza de la tiranía.

En México es donde primero las revoluciones contra los dictadores han ido hasta la entraña del mal, sin limitarse a poner en el gobierno a los caídos de ayer. Por eso decía que hoy miramos hacia

(Pasa a la página 63)